

PRESENTACIÓN DE FERNANDO SOTO

“El reencuentro de los demócratas. De la dictadura a la Democracia”

Sr. Miguel Aylwin Oyarzún, Presidente de la Fundación Patricio Aylwin Azócar;

Sra. Mariana Aylwin Oyarzún, Vice Presidenta de la Fundación;

Sr. Carlos Bascuñán Edwards y Sra. Magdalena Eichholz Correa, compiladores del Repositorio Digital Archivo Patricio Aylwin.

Sra. Sol Serrano Pérez, Premio Nacional de Historia 2018.

Sr. Representante del Fondo de Cultura Económica.

En los días que han transcurrido desde que recibiera la invitación a presentar esta Segunda Edición del Libro del Presidente Aylwin, hasta hace pocas horas, he intentado comprender el porqué de esta invitación que constituye, sin duda, un inmerecido honor y un privilegio.

Bueno, ahora que veo muchas caras conocidas y más en confianza, les puedo contar compartir que la incertidumbre se transformó en pánico cuando supe que también presentaría, nada menos que la Doctora Sol Serrano, Premio Nacional de Historia 2018. Tremenda historiadora y la primera mujer en recibir este reconocimiento.

Antes de interpretar el significado que tiene el invaluable testimonio histórico que Patricio Aylwin deja a las futuras generaciones en este libro, me dediqué a repasar su biografía y en ella encontré un cúmulo de coincidencias, que con bastante rubor me atrevo a compartirles:

Hijo de la clase media, el padre de don Patricio, don Miguel Aylwin Gajardo, nacido en San Javier en 1889 se vino muy niño a Santiago a estudiar a la Escuela Normal José Abelardo Núñez, se titula de Profesor Primario antes de cumplir los veinte años, inquieto por naturaleza y dotado de una aguda inteligencia, estudió Pedagogía en Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico, titulado Profesor hizo clases en el Liceo de Aplicación al tiempo que comenzaba sus estudios de Derecho en la Universidad de Chile, donde obtendría su título de abogado en 1915, dando con ello inicio a una brillante carrera judicial que culminaría en la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia, a partir de 1957.

El profesor que les habla nació ese año, 1957, estudié Pedagogía en Historia en el glorioso Pedagógico de la Chile y, entre otros lugares, hice clases en el Liceo de Aplicación.

Por su parte, don Patricio, también se formó en la Educación Pública, el Liceo de San Bernardo y el INBA, supieron de sus inquietudes humanistas y sociales. Estudió Derecho en la Universidad de Chile, donde más tarde sería un destacado Profesor de Derecho Administrativo, entre 1946 y 1967.

Paralelamente Patricio Aylwin, fue Profesor de Educación Cívica y Economía Política en el Instituto Nacional por 17 años, entre 1946 y 1963.

A propósito de las coincidencias que les mencionaba, mi padre, hijo de profesores, fue alumno de don Patricio en la Escuela de Derecho. Como muchos estudiantes universitarios, había llegado de provincia a estudiar a la Universidad de Chile y a cambio de alojamiento y comida sirvió de Inspector en el Instituto Nacional. Cuando don Patricio renunció a su cargo docente en 1963, mi padre fue nombrado en su reemplazo. Enamorado de la docencia, egresó de Derecho, y estudió Pedagogía, profesión que sirvió por el resto de su vida.

De pensamiento radical y masón, incluso con discrepancias políticas, mi padre siempre nos relataba esa experiencia con don Patricio, con profundo respeto y permanente admiración hacia él.

De lleno ahora en su libro, resulta sencillo identificar el origen de la coherencia de su pensamiento y su mensaje. Prescindiendo de las valoraciones ideológicas y doctrinarias que legítimamente cada lector pueda tener acerca de las contingencias políticas de las de los años que recorren sus páginas, es de justicia reconocer la invariable conducta de rigurosidad, honradez y rectitud que siempre lo distinguió como maestro, jurista, político y estadista. En síntesis, en su relato don Patricio nos invita a recorrer nuestra historia, aún en sus expresiones más dolorosas, desde una indesmentible sentido republicano y de honorable humanidad.

Vale la pena enfatizar, que a lo largo de sus diecisiete capítulos seremos testigos no de una biografía, sino del análisis objetivo y documentado de un período oscuro y doloroso de nuestra historia, en el que una generación de seres humanos soñó un mundo mejor, abrazó con pasión, en ocasiones desbordada, una policromía de ideales que llegaron a parecer irreconciliables, pero que a pesar de provenir de distintos caminos, fueron capaces de abrir “ de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.”

Insisto, lejos de ser esta obra una biografía, el minucioso análisis de los 17 años más amargos de nuestra historia, tiene como protagonista a una generación de chilenos que fue marcada en el ámbito global por momentos cruciales de la historia contemporánea y en Chile por un truncado proceso de profundización democrática. A partir de 1958, el inevitable diseño de un escenario político dividido en tres tercios puso en caminos separados a sectores progresistas que representaban al menos dos tercios de la población.

La marcada sobre ideologización que contaminó a vastos sectores de los referentes políticos a partir de los sesenta, fue el impedimento para mantener el estado de derecho y el orden institucional. Con ello, sobrevino la dictadura y el comienzo de un largo camino en la búsqueda del reencuentro de los demócratas.

Parfraseando a Patricio Aylwin, en medio del dolor y la pérdida de las libertades, “*luchando en el abismo*”, cegados en la más profunda oscuridad, había llegado el momento de rescatar el *Alma de Chile*, que según el cardenal Silva Henríquez estaba constituida por “*el amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, el respeto a las instituciones y a la vigencia del derecho, la tolerancia a las opiniones divergentes, la tendencia a no extremar los conflictos y a resolverlos mediante soluciones consensuales.*”

Se requería por lo tanto, generar liderazgos generosos, con el coraje necesario para develar los errores cometidos y renunciando a los intereses particulares fueran capaces de poner a disposición del país los más genuinos valores republicanos.

Ese rescate del *Alma de Chile* necesitaba por lo tanto hombres y mujeres que llevaran en el ADN los valores del pluralismo, de la libertad de pensamiento y expresión, de la tolerancia y la inquebrantable y permanente búsqueda del bien común.

Estimadas personas presentes, hoy no cuesta tanto describir en un texto esas características, algo de cierto tiene el dicho que después de las batallas cualquiera puede ser general. Lo complejo era actuar en consecuencia en ese tiempo, en medio de la incertidumbre y la oscuridad.

Todos sabemos que en medio de la noche, entre las tinieblas de poco sirve para orientarse el máspreciado de los sentidos, el de la vista. Quizás allí estuvo la clave, ser capaces de congregarse a personas de bien, que fueran capaces de renunciar a sus propias visiones de mundo, de postergar sus particulares y legítimos intereses, para comenzar a construir un nuevo destino para la sociedad chilena.

Queridos amigos me resultó emocionante conocer algunas anécdotas de juventud de quienes constituyeron esta generación que más tarde formó, por ejemplo, el Grupo de Estudios Constitucionales, conocido como el grupo de los 24. O más atrás aún, cuando algunos de ellos convivían como estudiantes veinteañeros de la Universidad de Chile, en un ambiente de camaradería a pesar de sus diferencias.

Jóvenes como Eugenio Velasco, Enrique Silva Cimma, Alejandro Hales, Clodomiro Almeyda, Felipe Herrera, Carlos Altamirano y el propio Patricio Aylwin. Compañeros de curso en la escuela de Derecho, que pasaban juntos sus vacaciones soñando en un nuevo mundo por construir.

Soñando en un nuevo mundo por construir, antes de que cada cual asumiera sus propios caminos, sus propios colores, sus propias doctrinas. Compartían un ambiente de fraternidad, de sana y generosa discusión, de libre y espontáneos debates, anteponiendo siempre ese inalienable sentido fraternal. Si cada uno de los presentes saca sus propias cuentas, ¿en qué época de sus vidas compartieron con sus coetáneos en esa misma atmósfera, en ese mismo ambiente?

Creo que la respuesta es una sola, a comienzos de la universidad y por cierto mucho antes, en el colegio, en el liceo.

Ahora paso a otra de las coincidencias y quizás la razón genuina del porqué esté hoy aquí.

Estamos cobijados en un edificio patrimonial que representó un momento fundamental de la construcción de la República, el edificio del antiguo Congreso Nacional. En estos espacios se construyó la CORFO, se levantó la salud pública, acá se diseñaron las leyes sociales, aquí se sancionó el voto femenino, aquí se nacionalizó nuestro sueldo de Chile, aquí se votó la Reforma agraria y la promoción popular, aquí se promulgó la Ley de instrucción Primaria Obligatoria.

Hombres y mujeres de distintos orígenes, de las más diferentes condiciones políticas, religiosas o ideológicas, en este espacio fueron edificando cada ladrillo de la construcción republicana.

Pero como los seres humanos somos seres simbólicos, adivinen que hubo antes en este espacio, en este mismo emplazamiento.

Debajo de estos cimientos, debajo de este mismo suelo, funcionaban desde 1813, cuando daba a luz la independencia de la patria, las aulas del Instituto Nacional.

Entre 1813 y 1850, por casi cinco décadas, aquí se forjaron generaciones de niños y adolescentes en el primer establecimiento educacional de la República, el primer liceo fiscal, laico y gratuito. De su seno nacería en 1842 la Universidad de Chile, nuestra Universidad de Chile.

Representada en estos dos pilares fundamentales de la República, toda la Educación Pública de Chile, de donde surgieron las verdaderas semillas de la Democracia.

Para mí, la monumental gesta del reencuentro de los demócratas, quizás tiene que ver con esto. Creo que de ella, de la Educación Pública nacieron las semillas prístinas de la Democracia.

No es casualidad que muchos, no todos para ser justo, pero muchos de los que fueron capaces de reencontrarse en pos de recuperar la Democracia se formaron en ella, en el viejo Liceo que tan magistralmente describe Sol Serrano en sus investigaciones.

Leo un extracto de una entrevista a nuestra flamante Premio Nacional, por Daniel Hopenhayn:

“...sin más armas de seducción que la precisión conceptual, Sol Serrano se ocupa de un relato oficial, del mito (“del aura heroica que rodeó la figura del liceo chileno durante el siglo XX”), para concluir que nadie nos ha estado engañando: el mito, dice, “finalmente, tenía mucho de verdad”.

Era verdad que el liceo fue el espacio donde la república de Chile, para cientos de miles de chilenos, dejó de ser un concepto abstracto y tomó la forma de una “comunidad imaginada” de la que podían sentirse parte y, más aún, protagonistas. De esa experiencia subjetiva, y no de las estadísticas que haya arrojado el liceo como política pública, trata el libro de Serrano, cuya investigación se centró en desempolvar –literalmente– los archivos de liceos de distintas regiones del país: planes de estudio, discursos de aniversario, pruebas de historia, controles de lectura. Allí encontró las evidencias de un imaginario de nación que, dotando al presente de conciencia histórica y de proyección hacia el futuro, le permitió a la sociedad chilena hacer pie en la modernidad cuando sus indicadores de desarrollo recién despegaban del piso.”

Como se ha dicho, creo que la Educación pública, la escuela y el Liceo, fueron el crisol de donde emergieron los Alessandri, los Aguirre Cerda, los Ibáñez, Los Allende, los Aylwin, Los Silva Cimma, los Lagos y Bachelet y no solo los estadistas, sino las Mistral y los Nerudas, hombres y mujeres de las ciencias, las artes y las industrias, de todos los orígenes y condiciones, de todo pensamiento y vocaciones, de todos los colores que aportaron al multicolor y diverso país que hoy día somos.

La Educación Pública y su ideario democrático, aportó la materia prima, la argamasa, que ha unido aquellos ladrillos de la construcción de la República a los que hicimos referencia cuando hablábamos del Congreso y por supuesto también, al reencuentro de los demócratas, que recuperaron el alma de nuestras más caras tradiciones democráticas.

Todas estas ideas describen, de alguna forma, el tremendo esfuerzo de Patricio Aylwin en esta obra y el trabajo monumental y riguroso de quienes compilaron sus miles de documentos y fuentes primarias, que permitirán a los lectores, principalmente de las nuevas generaciones, construir sus propios análisis, sus propias interpretaciones y sus propios juicios.

Desde el rigor jurídico, desde fuentes objetivas, sin intentos proselitistas, y poniendo la racionalidad por sobre las pasiones, esta obra se constituye en un manual para las nuevas generaciones, para que aprendan de nuestros errores y sean capaces de fortalecer y consolidar aquellas tradiciones que verdaderamente constituyen el Alma de Chile.

Muchas gracias.